

NOTA DEL DÍA

Atardecer, a orillas del Sena.

Atardecer, en las riberas del Rin.

Atardecer, en las márgenes del Támesis.

La misma escena, divinamente misteriosa.

Del interior de los templos, iluminados y abiertos, salen los ecos del órgano que gime y los acentos de la multitud que canta la plegaria de la Penitencia:

¡Parce, Domine, parce populo tuo!
¡Perdona, Señor, perdona a tu pueblo!

¡A tu pueblo! Así claman Francia, Alemania, la Gran Bretaña... Así claman hoy todas las Naciones de Europa.

Todas son un mismo pueblo, el pueblo de Dios. ¡Ah, bien dijo el que afirmó que era esta guerra una guerra civil. Todavía más: una guerra fratricida!

Jesús vino a hacer de todos los hombres un solo rebaño bajo un solo Pastor. Y este rebaño, tan compacto y unido, que fuera el amor mutuo su carácter distintivo.

El eterno egoísmo; la desenfrenada ambición; la falta de espíritu cristiano en los gobernantes, han puesto las mortíferas armas en las manos de millones de hombres. Y de nuevo la humanidad es desgraciada, por haber desoído el llamamiento de su Dios.

¡Quién pudiera sobre el cielo que cobija el furor del campo de batalla, escribir con grandes caracteres de oro: ¡Sois hermanos! y que esta palabra convirtiera la enconada lucha en un fuerte abrazo y en una jornada de fraternal reconciliación!

Sólo Dios, que tiene en sus manos los corazones de los reyes, puede hacer surgir la aurora de los días pacíficos.

¡Señor: dadnos la paz en estos días luctuosos! ¡Da pacem, Domine in diebus nostris!

PAVIA

MEMENTO HOMO

Han transcurrido ya los tres días de Carnaval.

Las pasiones humanas se han desbordado. Muchas personas jóvenes han caído en el fondo del precipicio. Ha habido muchas diversiones, muchos bailes... muchos pecados.

¿Qué queda del placer que han experimentado durante las Carnestolendas los que rendían culto a Momo y Baco, que suelen ser inseparables?

Nada queda de aquella aparente fruición.

La felicidad que prometía el mundo con sus halagos, era una ilusión.

En las almas de aquéllos que han adorado al ídolo, sólo queda un triste recuerdo, un remordimiento.

No puede en este valle de lágrimas haber felicidad verdadera; por eso tras un efímero placer, viene el sentimiento de haberte disfrutado y la repugnancia natural que experimentamos al meditar que el placer sólo fué corrupción.

Si el hombre, ser dotado de inteligencia para entender y de voluntad para amar, ha abusado estos días de sus facultades, reflexione, aunque sea brevemente.

No fué *verdad* ni *bondad* lo que encontró estos días en el mundo.

Busque, pues, *la verdad* y *bondad* en otro mundo donde el entendimiento y la voluntad queden perfectamente saciados por haber encontrado el objeto a que están destinados naturalmente.

¡Memento homo! Acuérdate, hombre, de que en esta vida no puede haber felicidad completa; acuérdate, hombre, de que no has sido criado para gozar en este mundo; acuérdate, hombre, de que eres polvo, de que fuiste criado del limo de la tierra, y de que has de convertirte en polvo, en comida de gusanos.

¡Memento homo! Acuérdate hombre de los sinsabores que te proporcionaron los placeres mundanos.

¡Memento homo! Acuérdate, hombre de que no hay, ni ha habido ni habrá persona feliz, si desoye las doctrinas de la Iglesia Católica; acuérdate, hombre, de que los que aparentemente viven en medio de prosperidades sin cuento, tienen sufrimientos interiores, son más desgraciados que muchos que perecen de hambre; acuérdate, hombre, de que esta vida es un carnaval continuo, es un engaño, es una ilusión y de que, como dijo el poeta, el bien mayor es pequeño y toda la vida, la mundana se entiende, es sueño, frenesí y ficción.

¡Memento homo! Acuérdate hombre de que la muerte acaba, cuando menos lo piensa uno, con el bienestar relativo de que pueda disfrutar.

¡Memento homo! Acuértese el hombre durante el santo tiempo de Cuaresma que empieza, de todas aquellas verdades. Reflexione, medite, racione, sea *hombre*.

EL DUQUE DE GANDIA

ANTE EL CADÁVER
DE LA EMPERATRIZ ISABEL

¡Mundo, por más que te asombre,
Dejo en tan aciago día
De ser Duque de Gandia
Para empezar a ser hombre!
¡No más blasón ni renombre,
Ni fortuna lisonjera!
¡Esa regia calavera
Con su podredumbre inmunda,
Me grita que me confunda
De mi profano vivir!
¡Que no quiera más seguir
En este mundo traidor;
Que jamás sirva a Señor
Que se me pueda morir!

(J. M. SAJ.)

La fauna de la guerra

Que los hombres se maten en la guerra, *santo y bueno*, según la expresión vulgar de aprobación, aunque en este caso no convenga ni lo de *santo* ni lo de *bueno*.

Pero que los hombres, no contentos con matarse mutuamente, movilicen animales de distintas especies para que participen de los horrores de la guerra, no está bien ni medio bien ni nada bien.

¿Qué tienen que ver, por ejemplo, los caballos y los perros con las cuestiones que dilucidan los combatientes en los campos de batalla?

Absolutamente nada.

Y, sin embargo, allá van los pobres animales, o mejor, allá los llevan, a prestar servicios que seguramente no serán recompensados.

Y aun los caballos, *pase*. El caballo siempre ha sido un animal guerrero, y se cuenta que en las batallas se enardece y goza con el fragor de la lucha. Al perro tampoco le sienta mal eso de la vida militar. Le gusta seguir a las tropas en sus marchas, y en ocasiones ha cargado sobre el enemigo en compañía de los soldados; y en todas partes es famoso el *perro del regimiento*.

Las palomas también se utilizan, como correos alados, que pueden prestar excelentes servicios y ahora leo que van a movilizarse los gatos.

¿Qué pito van a tocar los gatos en la guerra?

Parece que ninguno. No es animal que le guste andar en trotos bélicos ni en trotos de ninguna clase. En los campos de batalla no suele haber tejados donde pueda verificar las excursiones que más le agradan.

El gato no puede servir de animal de tiro ni de silla, ni es explorador, ni es vigilante.

Pero... caza ratas. Esta apreciable cualidad, ha movido a los turcos, según se cuenta, a llevarse consigo un batallón de gatos porque algunas comarcas en donde acampan están infestadas de ratas, que a lo mejor se comen las raciones del soldado.

Y he aquí cómo el gato ha sido víctima de su afición a las ratas. Por la boca muere... el gato.

De modo que ya tenemos en el campo de batalla a caballos, perros, gatos y palomas y quizá no se ha acabado todavía esa fauna guerrera.

¿Quién sabe si volveremos a aprovechar los elefantes, como en los tiempos de Pirro?

Presenta esta lucha caracteres tan variados, se utilizan en ella elementos tan distintos unos primitivos y otros modernísimos, que no fuera de extrañar que los ingleses, que de todo echan mano para combatir a los alemanes,

trajesen de la India el día menos pensado un cargamento de elefantes para arrojarlos contra ellos, provistos de torres blindadas, en sustitución de los antiguos castilletes de madera.

Y si la cosa produce buen resultado, son capaces de movilizar un ejército de tigres y otro de leones, y traernos acá todos los animales peligrosos que puedan causar daño al enemigo.

Casi, casi que podría ser esto una solución para acabar la guerra. Que los alemanes y demás pueblos beligerantes movilicen otros ejércitos de bestias feroces, sacadas de todos los parques y *ménageries*, los pusieran frente a frente de los susodichos elefantes, tigres y leones, y se retiraran todos los hombres dejando que se destrozaran mutuamente los animales.

Quizá éstos serían más *humanos* que los hombres, y acabarían por hacer más pronto las paces los perros y los gatos que los alemanes y los ingleses, que no llevan trazas de terminar la lucha, hasta que no quede... ni una rata.

CONSTANTE

Estudios Sociales

LAS CARETAS Y SU HISTORIA

Según los historiadores y la Arqueología, la careta tiene su origen en el antiguo Egipto, cuyos naturales la empleaban principalmente para cubrir el rostro de los cadáveres. Generalmente habíase de papiros o de cartón reforzadas con estaco, siendo después pintadas o doradas. También las había de láminas de oro repujado, y lo mismo en éstas que aquéllas, los artífices procuraban reproducir la fisonomía del muerto.

Había igualmente caretas de carácter simbólico; eran las usadas por los sacerdotes en sus ceremonias religiosas y representaban animales, como el ibis, el carnero, el escarabajo, el halcón y el cocodrilo. La del sacerdote escriba llevaba en alto una pluma de avestruz y la de los príncipes faraónicos, las coronas del alto y bajo Egipto.

También los pueblos arios de la antigüedad hicieron uso de la careta en sus prácticas religiosas. Las de los medos, caldeos, asirios, persas y babilonios, eran generalmente, en forma de pez, autor, del hombre y de la agricultura.

Los fenicios, como pueblo eclético, adoptaron las caretas egipcias y arias. En sus fiestas sagradas cubríase el rostro con una careta mística, y a los cadáveres les daban sepultura envueltos en ricas telas, resguardándoles la cara con una mascarilla de oro repujado.

La primitiva Grecia, que copió mu-